

BOLETIN DE LA BIBLIOTECA NACIONAL

Año VI

San José de Costa Rica, enero de 1925

No. 49

LAS CIEN OBRAS MAESTRAS
DE LA LITERATURA UNIVERSAL

I

EL MĦABARATA

Este poema es una selva inmensa, en la cual canta, ruge, se lamenta y ora el alma milenaria de la India. Y, naturalmente, con sus 214,778 versos, con sus teogonías confusas, en las que los hombres y los dioses se mezclan, con sus horizontes infinitos de bosques y de montañas, con sus ejércitos innumerables, resulta excesivo, caótico, informe. Hay en él detalles crueles que nos acongojan o nos desconciertan. Pero su conjunto está iluminado por luces sublimes de misericordia y de justicia. Un soplo de misticismo refresca y purifica sus bárbaras embriagueces de sangre. Por encima de los guerreros, los santos triunfan siempre. La santidad y la bondad; he allí los ideales supremos de ese pueblo. Los dioses mismos envidian las virtudes y temen los juicios de los brahmanes. «Hay algo más grande que la divinidad (parece decirnos la voz de Viasa): ese algo es la bondad».

En el umbral del poema nos encontramos con el primer conflicto entre los dioses y los héroes. En castigo de sus pecados, el rey Panda ha sido condenado por un asceta a que sus dos mujeres sean estériles. Y es necesario que los cinco grandes inmortales bajen a la tierra para que, por obra de sus soplos omnipotentes, Kunti y Madri den cinco hijos a su augusto esposo. Estos son: Yudhistira el Fuerte en el Combate, Arjuna el Luminoso, Bimashena el Terrible, Nakula y Sahadeva. Cuando los Pandavas se quedan huérfanos, su tío Dritarasxtra los recoge y los hace educar con sus cien hijos, los Kauravas. No pudiendo soportar las persecuciones de que son objeto, los herederos de Panda se escapan, dejando suponer que han sido devorados por las fieras del bosque, y se consagran a las prácticas religiosas en un retiro silvestre. Los años pasan. De pronto los heraldos convocan a los jóvenes esforzados que se crean con derecho a aspirar a la mano de la princesa Draupadī, para que tomen parte en un torneo. «El vencedor—dicen—será el esposo de su alteza». Entonces los cinco muchachos, que se hallan en el apogeo de su fuerza, se deciden a abandonar su retiro para entrar en la liza. Arjuna toma el arco que nadie ha podido plegar y logra la victoria. Sus hermanos, cegados por el amor que la princesa les inspira al verla, piensan en matar al vencedor. Una voz del cielo les dice: «Draupadī será la esposa de los cinco». Y los cinco, satisfechos, se retiran a una inmensa floresta, en donde crean un Estado, cuya capital, consagrada a Indra, se llama Indrasphata. La belleza de la princesa es tan grande, que Arjuna, temero-

so de sentir celos de sus hermanos, se aleja de su épico nido de poliandria y va a refugiarse de nuevo en el fondo de la selva, donde permanece los años necesarios para que el poderío de sus hermanos se extienda por las márgenes del Ganges hasta llegar a formar el Reino de Yamuna. Cuando regresa es para asistir a una partida de dados, en la cual el primogénito de su casa se deja ganar por el mayor de los vástagos de Dritarasxtra, no sólo sus tesoros, y su corona, y sus ejércitos, sino hasta su libertad y la de los suyos. Arjuna, pues, lo mismo que sus hermanos, se halla esclavo de sus enemigos. Su orgullo sufre. Su conciencia del deber le obliga a callar y a soportar las humillaciones que sus dueños le imponen. La misma Draupadī, a pesar de su altivez, aguanta en silencio, como sierva, los malos tratos de Durodhiana. Al fin, cuando los dioses, indignados, hacen comprender al viejo padre de los Kauravas que la conducta de sus cien herederos es una ofensa contra los cielos, los Pandavas logran recobrar su independencia y sus dominios. Pero Yudishtira, deseoso de desquitarse, juega de nuevo y de nuevo pierde. Entonces sus implacables enemigos se contentan con imponerle un retiro de doce años en la jungla. «Después—le dicen—podréis entrar en las poblaciones con tal que os guardéis de haceros reconocer». Los combates que tienen que sostener en ese tiempo son descomunales. El mismo dios Siva, para probar las fuerzas de Arjuna, lo provoca. ¿No es acaso necesario prepararlo para las guerras futuras, en las cuales ha de cubrirse de gloria? Al terminar su destierro, los fuertes Pandavas se refugian en la corte de los Matsias, en donde obtienen empleos humildes. Los Kauratas invaden la comarca, seguros de vencer al débil rajá Virata, pero gracias a los prodigios de valor que Arjuna realiza, los hijos de Dritarasxtra huyen despavoridos. Los Pandavas, después de esta victoria, se dan a conocer, y uno de ellos, el Luminoso, se casa con la hija del rey de los Matsias. El momento de recobrar sus tierras ha llegado. Sus adversarios rechazan sus reclamaciones justas, diciéndoles con insolencia que si quieren volver a reinar es preciso que conquisten con las armas los Estados que perdieron al juego. La lucha se hace inevitable. Las tropas enemigas se encuentran en las vastas llanuras de Kurukshetra, y las más formidable batalla que han visto los siglos comienza. En la *Iliada* misma, no hay un combate que pueda compararse con éste en magnificencia trágica. «En el aire flotan millares y millares de estandartes brillantes, cuyas astas de oro, incrustadas de pedrerías, lucen como llamas. Los dos ejércitos inmensos parecen dos mares que se encuentran y confunden sus encrespados torbellinos llenos de bestias feroces. La mañana comienza. La luna y las siete estrellas inflamadas se han retirado del cielo. El sol aparece, soberbio, dejando ver a los

chacales, a las hienas, a las cornejas, a los animales que se alimentan de carne y de sangre, y que llaman a gritos a los muertos. Las luces celestes, luces de incendio, anuncian acontecimientos terribles y milagrosos. El oriente está rojo. La tierra tiembla. Los vientos, desencadenados levantan nubes cegadoras de polvo. Como entre las hojas de las selvas corre un murmullo en el que se nota el palpar de las banderas y el sonar de las campanillas. Al fin, ante la vista de los dioses que quieren contemplar ese choque espantoso, comienza la pelea. Centenares de centenares de miles son los soldados de a pie que luchan sin tregua. Los padres no reconocen a sus hijos, ni los hermanos a sus hermanos, ni los amigos a sus amigos. Los elefantes de guerra, encerrados en un círculo de flechas, de masas, de alfanjes, lanzan infinitos clamores. Otros se precipitan al ataque en carreras aullantes. Los jinetes, vestidos de oro, en sus caballos rápidos, precipítanse, siguiendo a los jefes, hacia los carros, para decapitar a los que los conducen. Los adornos áureos arrancados a los trajes, caen por todas partes cual serpientes. Lo mismo que nubes, los elefantes que pasan sobre los hombres, los aplastan...»

Y la batalla dura aquel día, y otro día, y otro día, hasta diez y ocho, sin un descanso, sin una tregua, sin que los brazos se cansen de herir, sin que los dioses se cansen de oír los alaridos de los que agonizan. Toda la naturaleza parece ebria de sangre. «Las flechas de oro y de plata cubren el suelo. Junto a los cadáveres yacen los alfanjes de oro con empuñaduras de marfil, los escudos de oro, los abanicos de oro. En los brazos arrancados brillan los brazaletes de oro. Las cabezas cortadas ostentan sus aretes de pedrería y sus cimbras de plumas... Las bestias delirán de alegría. Los perros, los chacales, las cornejas, las grullas, los gavilanes, los buitres, los lobos, las hienas arrastran los cadáveres, les arrancan la piel y les quiebran los huesos para chuparles la medula. Un río formidable corre, un río de sangre, en el que los carros parecen barcos, y las cabezas lotos». La victoria corona, al fin, los esfuerzos de los buenos, de los que no mienten, de los que son misericordiosos y nobles. Duriódhana, el jefe de los Kauravas, ha muerto, lo mismo que sus noventa y nueve hermanos. Sus madres y sus esposas los lloran. Las mujeres lloran siempre. En los campos de batalla, después de las matanzas, ellas son las únicas que quieren disputar a los animales los cuerpos de los que han caído. Hay un canto entero, un canto sublime de dolor y de ternura, consagrado a las lamentaciones de las mujeres. «Sus rostros están embellecidos por las lágrimas piadosas...» Todo el poema se santifica, de pronto, con la gran misericordia, con la generosa tristeza que se apodera del alma de los vencedores. El primogénito de los Pandavas no quiere sentarse en el trono que tanta sangre ha costado a los hombres inocentes, y es preciso que la sombra augusta de su abuelo Viasa le obligue a cumplir sus deberes reales para que se decida a hacer una entrada triunfal en Hastinapura. Magnánimo siempre, asocia al padre de sus enemigos a su victoria, y lo hace presidir su séquito. Poco después, al saber que el gran rajá Crishna ha muerto asesinado por una flecha, Yudisthira vuelve a sentir deseos de abandonar su

trono para hacerse religioso, y sin oír a los que le suplican que no los deje sin el apoyo de su fuerza y de su sabiduría, retírase, seguido por sus hermanos y por la bella Draupadi, siempre fiel a sus cinco esposos. Vestidos de romeros, los héroes inmortales se encaminan hacia el Oriente en busca del monte de la Eterna Paz, en las cimas del Himalaya. La ruta es dura y larga. El sol quema sus rostros de bronce. Las penitencias hacen flaquear sus cuerpos de ascetas. No importa. Hay que seguir hasta el fin o hasta la muerte, devotamente. La primera que sucumbe es Draupadi, la de los ojos de loto. Luego caen para no levantarse más Arjuna el Luminoso, y Bhimasena, y Nakula, y Sahadeva. Solo, Yudisthira sigue andando, iluminado de luces divinas y seguido por su perro fiel. Indra le ofrece un sitio en su carro para llevarlo al cielo, en donde volverá a ver a sus hermanos. «Sin mi perro, no, porque no puedo abandonarlo», contesta el asceta al dios. Y el dios acaba por aceptar al perro, y así se lleva al último de los Pandavas al cielo. Allí, una sorpresa le espera. En vez de sus hermanos, encuentra a sus enemigos los cien Kauravas. «¿Y los míos?», pregunta. «En el infierno», le responden. Entonces él también desciende al reino de las llamas, de los monstruos y del dolor. Lleno de espanto, no se atreve a dar un paso en las tinieblas, cuando una voz le dice: «No nos abandones; tu aliento de suprema bondad, de infinita pureza, refresca nuestros rostros». «Aquí permaneceré», les contesta. Pero los dioses, ante tal sacrificio, bajan al infierno, y su presencia suprime el fuego, el dolor, las sombras. El infierno se trueca en un nuevo cielo. Los Pandavas, obedeciendo a Krisna, se encarnan en nuevos cuerpos mortales y vuelven a la tierra para luchar por la bondad, por la justicia, por la dulzura. «¡Maldita sea la violencia que entre nosotros creó tantos males!», exclama Yudisthira.

Y así termina el divino Mhabarata.

II

EL LIBRO DE LOS MUERTOS

Es el poema de las pasiones y de las convicciones del Egipto faraónico. La obsesión implacable de la muerte, que durante cinco mil años atormentó al pueblo más sutil de la antigüedad se cristaliza allí con sus angustias pueriles, con sus terrores religiosos, con sus ritos mágicos, con sus delirios macabros, con sus fantasmas multiformes, con sus anhelos de vida perdurable. Pero no hay que dar a esta última palabra el sentido que tiene en el lenguaje cristiano. No. Materialistas aun en su concepto del más allá, los adoradores de Osiris creían en la supervivencia del ser humano y lo imaginaban siempre capaz de saborear los deleites de la existencia, y siempre expuesto a los peligros del mundo. Penetrado en uno de los innumerables mastabás que los cicerones enseñan en las soledades líbicas, y os sentiréis sorprendidos ante el espectáculo que ofrece la última morada de un tebano o de un menfita. ¿Para qué pueden servirle a un cadáver esos muebles, esos objetos preciosos, esas vajillas, esas cocinas, esos trajes, esos adornos? A un cadáver, para nada... Mas el que allí yace, rodeado de las efigies de sus servidores y de sus parientes, no es un cadáver, sino un ser vivo, encarnado en su

dúplex. Y tal es su conciencia de que no difiere en nada de los que aún están en las casas de las ciudades, que cuando sale, por la noche, para visitar sus talleres o sus plantaciones, no comete, al menos conscientemente, la menor imprudencia. «Tiene que caminar con gran cuidado—dice Masperó— para no perder una segunda vez y morir así por completo. Con su lanza, o con su cuchillo, se defiende de las serpientes, de las tortugas, de los asnos rojos, de todos los animales que encarnan el espíritu maligno de Set Tifón». Y Moret asegura que las venas que envuelven los miembros de las momias no tienen más objeto que el de servir de coraza al cuerpo. «Se dora el rostro—agrega—para hacer entrar en el *dúplex* las fuerzas de los metales indestructibles. En el pecho, una placa indica el lugar del alma. El escarabajo, el gavilán y el uraeus protegen la frente». Pero para que el muerto pueda llegar a gozar de la vida de su tumba, tiene primero que presentarse ante los dioses y obtener de ellos la absolución de sus pecados.

El Libro de los Muertos es la guía del que va a comparecer ante el Tribunal celeste. Pero no evoquéis la imagen ardiente de los santos directores espirituales, que, con sus consejos de arrepentimiento ascético, nos preparan a comparecer ante el Señor, contritos y anhelantes. Nada tan opuesto a la sublime angustia de un Pascal que agoniza como la congoja de los devotos egipcios en el momento del juicio supremo. El mentor que los dirige y que conoce sus espíritus sabe que hay en ellos más temores que fervores. Lo que todos desean es salir del paso, no con penitencias, no con lágrimas sinceras, sino con ardides engañosos. Por fortuna para sus adoradores, Osiris no nota la farsa de los que se prosternan a sus pies. «El difunto—dice la guía—debe declarar que es Thot, Horus o uno de los que combatieron por el dios el día aciago en que sus fieles lograron arrancar su cuerpo despedazado de las garras de los monstruos tifonianos. El difunto debe, además, decir que es sacerdote y que ha recorrido todos los grados de la iniciación. No basta mentir ingenuamente, sin embargo, para embaucar a los jueces divinos. Hay que saber hacerlo con arte. La guía, que en ciertos pasajes es un tratado de prosodia y de mímica, enseña la manera de articular las falsas declaraciones para darles un acento verídico y también las actitudes y los gestos que ha de adoptar el muerto durante la audiencia celeste. No hay que olvidar, por otra parte, los amuletos mágicos que la momia lleva. La magia es la poesía secreta del Egipto. Los grandes símbolos, las imágenes maravillosas, los súbitos arranques líricos, lo que se sale de la prosa algo pálida de la literatura tebana en general, está casi siempre animado por las alas quiméricas de la magia. El autor de *El Libro de los Muertos*, que sabe hasta qué punto las fórmulas mágicas tienen el poder de impresionar a los dioses mismos, no escatima las frases misteriosas. «El que conoce este capítulo—dice al comenzar la tercera parte de su obra—adquiere la voz creadora así en la tierra como en el cielo, y es dueño de todas las formas de los vivos... Este capítulo fué encontrado en Hermópolis, en una lápida de hierro y de alabastro, escrito con lapislázuli, bajo los pies del dios Thot». Otro texto del mismo capítulo comienza diciendo: «Este capítulo fué descubierto en las fun-

daciones del templo de Ham Hunú por un albañil que construía un muro en tiempo del rey Us-fais el victorioso: es una obra secreta, que no debe leerse». De lo que se trata, en ambas redacciones, es de crear la atmósfera de temblor sagrado que debe servir a las almas para prepararse a comparecer llenas de exaltación y de esperanza ante sus jueces.

La teología, la teogonía, la filosofía y la cosmografía se mezclan en sentencias, en himnos, en diálogos, en discursos, para conducirnos, al fin, a la sala de las Dos Verdades celestes, en la cual se verifica el verdadero juicio, presidido por Osiris. Sabiendo que hasta los inmortales son sensibles a los halagos, el penitente alza los brazos y exclama:

—¡Salud, ¡oh!, dios poderoso, señor de la justicia! Aquí vengo, impaciente de contemplar tus bellezas. Yo te conozco, señor. Yo conozco a tus asesores, los cuarenta y dos dioses que te rodean y que devoran a los que meditan el mal el día en que dan cuenta de su vida ante Onofris. Tu nombre es: Aquel Cuyos Dos Ojos Son Los De La Justicia. Heme aquí. Estoy a tus plantas. Te traigo toda la verdad y ninguna mentira».

Luego, en una larga declaración de los pecados que el hombre que aspira a la vida paradisiaca no debe haber cometido, encontramos un resumen de la moral egipcia, que tiene grandes analogías con la de nuestro Decálogo. «Yo—dice el muerto—no he hecho ningún daño a mis semejantes; no he matado; no he mentido; no he calumniado a ningún servidor; no he provocado el hambre; no he hecho llorar; no he ordenado ningún asesinato; no he causado dolores a ningún hombre; no he disminuido las ofrendas a los templos; no he negado a los muertos sus ofrendas; no he cometido adulterio; no he pesado con pesas falsas; no he quitado la leche de la boca de los niños; no he cazado en los campos vedados; no he torcido el curso del agua en los campos; soy puro, soy puro». Pero el momento más patético del juicio es aquel en que el muerto ve su propio corazón en uno de los platillos de la balanza de Thot. Entonces, un himno magnífico sube de los labios del que espera con ansia la suprema sentencia, y que con ternuras ingenuas, implora a esa víscera roja, en cuyo peso está concentrado el misterio de su porvenir eterno: «¡Corazón de mi madre, corazón de mi nacimiento, corazón que yo tenía en la tierra, no te pronuncies contra mí, no seas mi adversario, no digas esto ha hecho... Y la súplica continúa así, temblorosa, conmovedora en su flaqueza, y tan humana, tan humana, que nos hace salir de las esferas celestes para volver a ver al hombre tal cual es en el mundo.

Cuando Thot dice que el peso es justo, Osiris, solemnemente, pronuncia su sentencia en estos términos:

—Que el difunto salga, victorioso, para ir a los lugares que quiera, entre los espíritus o los dioses; que no sea rechazado por los guardianes de las puertas del Occidente; que reciba ofrendas, libaciones y trajes.

Y en el momento de abandonar la sala de la Audiencia, el muerto recibe de manos del divino pesador su corazón para poder irse completo y satisfecho.

¿Adónde va? De una manera vaga, los poetas nos dicen:

—A las catorce moradas... En una están los sicomoros, entre cuyas ramas el sol sonríe; en otra se ve el Nilo al salir de las grutas; en otra, los magníficos jardines de Alau...

Pero según las glosas sacerdotales, el muerto, después de errar durante algunos días por los Campos Elíseos, acaba siempre por sentir la nostalgia de su ciudad, de su familia, de sus ocupaciones, y entonces regresa a su tumba, en donde su *dúplex* puede seguir llevando, por los siglos de los siglos, la existencia que él llevó en la tierra.

Uno de los directores del Museo Guimet, el sabio Moret, nos hace observar que, fuera del drama mismo de la muerte y del juicio celeste, hay en el libro sagrado de los egipcios un *Génesis* y hasta un *Evangelio*. El *Génesis* faraónico, en efecto, allí lo encontramos. En los principios del mundo, no se veía más que el Nun, el Abismo del Agua Primordial. No había ni cielo, ni tierra, ni dioses. El *Libro* agrega: «No había ni muertos». Sólo el espíritu del dios primitivo, de Tum, flotaba en el caos, llevando en esencia la vida, que debía realizarse al conjuro del verbo. Un día Tum encontró las palabras creadoras y creó el Sol, Ra. Por eso algunos teólogos llaman a Ra el hijo de Tum. Mas no es exacto. Ra y Tum son un sólo dios. Moisés dice: «Y dijo Jehová, sea la luz, y la luz fué hecha».

En la cosmogonía egipcia, la continuación del mundo la lleva a cabo Ras, con sus rayos vivificadores y con su luz animadora, que producen el aire y el fuego, el cielo y la tierra, el hombre y la mujer, los animales y las plantas. «He aquí el gran misterio revelado a los difuntos: el ser humano es de substancia divina». La única diferencia entre los dioses y los hombres está en que mientras los primeros nacieron de la boca del creador, los segundos brotaron de sus ojos, en una lágrima. Allí tenéis el origen del dolor que hace llorar a los mortales... Y los símbolos continúan así, hasta la institución del sacerdocio, después de una matanza casi general, en la que los sabios ven una especie de diluvio, muy anterior al de los hebreos. «Allí encontramos a Eva misma, con su perfidia femenina, que hace sucumbir al varón fuerte», exclaman los comentadores. Bueno. Es el *Génesis* en cierto modo y hasta cierto punto. Pero, en cambio, creer que allí está también el *Evangelio en germen*, resulta absurdo. La bondad, la justicia, la honradez, la rectitud, la conciencia, la misericordia, todo lo que constituye el fondo de la doctrina moral de Osiris, se halla en casi todas las grandes religiones. Lo que sólo en el *Evangelio* palpita es el soplo sublime del cristianismo, que crea el alma fraternal, el alma de amor, de fe y de esperanza; el alma hecha a imagen y semejanza, ya no del terrible dios de Job y de Josué, sino del dulce Jesús, hijo de María...

III

LAS PRADERAS DE ORO, DE MASUDI

Este libro no es más que un fragmento de la gran obra de Masudi. Los otros veintiocho o veintinueve tomos del *Akhbar-uz-Zaman*, los más importantes, los que Bagdad consideraba como uno de sus tesoros, han desaparecido, lo mismo que los palacios, los castillos, las mezquitas de Harún el Rachid. Y lo

curioso, lo providencial, mejor dicho, es que lo que ha salvado a *Las Praderas de Oro* es, según se cree, su ligereza, su frivolidad. No existe en sus páginas nada que haya jamás podido herir fanatismos políticos o religiosos. Resulta, si se quiere, el libro de las sonrisas del Islam en el momento de su esplendor juvenil. Esas sonrisas, que lo iluminan todo, hasta el dolor, hasta el sacrificio, hasta la tragedia, encierran, afortunadamente, la esencia más pura, más bella, más poética del espíritu libre y claro de los arabes. A veces, escuchando los diálogos que se entablan, a orillas del Tigris, en los jardines en que Watik o Motewakkil reúnen a sus poetas, a sus filósofos, a sus retóricos, nos imaginamos oír un eco de los banquetes de Alcibiades, suavizado y como languidecido por la melancolía oriental. Los Califas que, a través de las crónicas medievales, nos aparecen cual sátrapas implacables, siempre sedientos de placeres y de sangre, muéstranse allí atentos a todas las nobles ideas, tolerantes con todas las creencias, ávidos de aumentar el caudal de su cultura refinada. De Grecia, de Persia, de Caldea, de Siria, de Bizancio, de Egipto, acuden, atraídos por la fama de los príncipes abasidas, los juglares, los músicos, los físicos, los astrónomos, los arquitectos. «El Manúm, hijo de Harún —dice Albufaradj— considera a los sabios como seres designados por Dios para perfeccionar la razón humana, teniéndolos por las lumbreras del mundo, por los guías de los hombres, sin los cuales la tierra caería de nuevo en su barbarie primitiva». De las suntuosidades exteriores de esta corte, mil cronistas nos han dejado descripciones maravillosas. La figura misma de Harún el Rachid la vemos pasar, magnánima y soberbia, por entre los relatos legendarios de *Las mil noches y una noche*. Pero para penetrar en el alma de la raza en su apogeo moral, para ver a Bagdad lo mismo que vemos a Atenas a través de los diálogos platónicos, para comulgar en una palabra, con el espíritu de aquellos califas, de aquellos teólogos, de aquellos artistas, de aquellos filósofos, de aquellos poetas, tenemos que buscarlos en *Las Praderas de Oro*.

Praderas de ensueño, praderas de meditación, praderas de generosidad, praderas de armonía, praderas de amor, podría titularse el admirable libro. *Todos los seres que allí se mueven, hombres y mujeres, nobles y plebeyos, ricos y pobres, cortesanas y princesas, tienen la misma elegancia, el mismo deseo de mostrarse agradables, el mismo entusiasmo por el estudio, el mismo amor de la poesía*. Cuando la medicina, después de agotar sus remedios para tratar de calmar el delirio de los locos, no sabe ya qué hacer, acude a los trovadores, que suelen curarlos, recitándoles estrofas de Abul Fadl, de Abú Nowas, de Moslim, de Kais. Los torneos intelectuales, en los que todo el que pasa puede tomar parte, se celebran en las casas de los ricos mercaderes lo mismo que en los palacios reales. La crónica de Masudi no comprende sino un espacio de cincuenta y cinco años, desde el coronamiento de Mamún en 813, hasta la muerte de Motaz, en 869. ¿Os parece corto tal período para poder juzgar a un pueblo movedido y atormentado? Este medio siglo que recoge y desarrolla la herencia moral de Harún el Rachid, es en todo caso, uno de los raros instantes del mundo que

pueden compararse con la era ateniense de Pericles. «La enseñanza pública—dice Gustave le Bon—estaba organizada con amplias bases. Llamábanse profesores de cualquier parte del universo con tal que tuviesen fama. Cultivábase la astronomía con tal perspicacia, que pudieron tocarse problemas que los europeos no han logrado acometer sino en épocas modernas; por ejemplo: la medida de un arco del meridiano. Traducíanse y estudiábanse en las escuelas los autores griegos y latinos, especialmente los filósofos y los matemáticos. Emprendieron estos estudios, nuevos para ellos, con todo su ardor, multiplicando las bibliotecas públicas, los laboratorios, las aulas, y realizando en la mayor parte de las ciencias descubrimientos importantes». Un reflejo de esta cultura oriental ilumina a los musulmanes españoles en su apogeo. Por desgracia, en Occidente, el elemento árabe está, desde el principio, modificado por la sangre africana. Los príncipes andaluces son amigos de las artes y de la poesía. Pero no tienen la serena suavidad filosófica de sus hermanos de Bagdad. «La época en que vivieron los Abbáidas—dice D. Juan Valera—es en extremo interesante y curiosa por la mezcla extraña que hubo en ella de barbarie y de cultura refinada, de libertad de pensar y escribir y de tiranía feroz, de irreligiosidad y superstición de ciencia y de ignorancia. Los Reyes y príncipes eran poetas, filósofos, eruditos, y al mismo tiempo solían ser los más sanguinarios tiranos, ebrios de vino y de sangre, y haciendo con frecuencia ellos mismos, con singular deleite, el papel de verdugos. Badis, Rey de Granada, mataba casi siempre él mismo a los personajes más notables a quienes condenaba a muerte».

Los sucesores de Harún el Rachid cultivan también los placeres refinados y no desdeñan ni el vino, ni las voluptuosidades más raras, ni los manjares exquisitos, ni los adornos espléndidos, ni las intrigas políticas, ni las orgías. Pero en medio de sus deleites y de sus esplendores, conservan siempre una gran tolerancia filosófica y religiosa un gran respeto de las pasiones y de las flaquezas ajenas, un gran espíritu de justicia, de benevolencia y de liberalismo. El hijo del gran Califa de *Las mil noches y una noche*, el doctor Mamún, tiene la costumbre de recibir los martes a los que quieren ir a charlar con él de arte, de jurisprudencia, de filosofía y de retórica. Un día, el mayordomo Alí anuncia al Soberano que un hombre del pueblo, de aspecto grosero y de traje miserable, pretende entrar a formar parte de la regia tertulia. «Que entre», contesta con la mayor sencillez el Monarca. Apenas sentado en su diván, el recién llegado, dirigiéndose a Su Majestad, le dice:

—Ese trono en el cual te complaces, ¿lo debes al sufragio de los musulmanes o lo has usurpado con la violencia y con la fuerza?

—El poder que ejerzo—contéstale Mamún—no lo debo ni a la fuerza ni al voto de mis compatriotas. El que compartía conmigo el peso de los negocios públicos me ha dejado todo el gobierno de los musulmanes, haciéndome jurar que gobernaría con justicia. Varias veces he pensado que es necesario consultar a los fieles para saber si están satisfechos de mi gestión. Pero siempre me ha detenido el temor al desencadenamiento de las pasiones opuestas. En consecuencia, conservo el poder para proteger al

pueblo, para combatir contra sus enemigos y para mantener la justicia. Espero así llevar a los musulmanes a un estado en que puedan, en paz, escoger con sus sufragios al Monarca más digno de ellos. Cuando la comunidad se ponga de acuerdo, yo abdicaré.

Después de oír esto, el hombre se marcha, seguido por Alí, que no quiere perderlo de vista. Al cabo de un largo rato, el mayordomo vuelve a la tertulia, y dice a su amo:

—Ese hombre se dirigió hacia una mezquita, en la que lo esperaba gran número de fieles. En cuanto lo vieron, sus amigos preguntáronle lo que habías contestado a su pregunta. El les repitió tus palabras, y todos se separaron satisfechos.

—Ya lo ves—dice el califa, volviéndose hacia su favorito Abu-Mahamed—; al pueblo se le contenta tratándolo con sencillez sincera.

Para sentir toda la grandeza moral de esta página, hay que darse cuenta de que los Soberanos que así hablan, que así viven, que así sonríen, son los más poderosos de su tiempo, los que imponen tributo al Emperador de Bizancio, los que reciben emisarios de Carlomagno pidiéndoles su alianza, los que con su esplendor deslumbran y con su poderío intimidan al mundo entero. El cronista Abulfeda, que visita Bagdad como intérprete de un embajador, describe de este modo la recepción que presenció: «Fuera de palacio se ve un ejército magnífico de 16.000 hombres, y eso sin contar los grandes oficiales a caballo, cubiertos de oro y pedrería, todos formados en torno de su jefe supremo; luego, 7000 eunucos; luego, 700 guardias de cámara; en el Tigris, innumerables chalupas y góndolas dejan flotar sus banderolas. En el interior del palacio sólo hay suntuosidades: 38000 tapices, de los cuales 12500 de seda, bordados de oro; 22000 alfombras; en los jardines, cien leones con sus guardianes; y como supremo refinamiento, un árbol de oro y plata, en cuyas ramas cantan muchos pájaros, de los mismos metales».

A Mamún, sin embargo, este lujo, este aparato, este alarde de su propio poder, no lo embriagan. Ni a Motasén tampoco. Ni a Motaz. Ni a Watik. Y nada digo del más enterneador de los Soberanos que figuran en *Las Praderas de Oro*, del melancólico, del resignado Mottawakkil, que piensa, como el filósofo del *Eclesiastés*, que todo es vanidad de vanidades en la vida.

La página en que vemos sucumbir a este califa tiene acentos desgarradores. «El Soberano había reunido a sus familiares—dice Masudi—para charlar con ellos y oír música y poesía. Su alma sentía el presentimiento de algo grave. La charla rodaba sobre el orgullo y la altanería de algunos Reyes. El califa expresó su horror contra tal defecto; volvió el rostro hacia la Meca y se cubrió de polvo la cabeza. Luego comenzó a beber, mientras los cantores cantaban. Al oír un aire, dijo a su favorito: «Sólo tú y yo quedamos, de los que oyeron «esto». Y lloró. En ese momento un servidor llevóle una túnica que la sultana Kahiba le enviaba. Se la puso un momento; en seguida se la quitó y la devolvió a su amada, haciéndole decir que la guardase para amortajar su cuerpo. Los vapores del vino aturdían la cabeza del Soberano. Eran las cinco de la noche cuando Baguier y

diez turcos velados, penetraron, alfanje en mano, en la cámara real. Todo el mundo, salvo un chambelán, salió huyendo. Al día siguiente, Kahiba amortajó el cuerpo del califa en la túnica que le había enviado». Con este Soberano, que desdeña todo lo que no es placer, arte, cultura, bondad y amor, principia el ocaso de la estirpe cuyas aventuras inspiran las páginas de *Las Praderas de Oro*.

Aunque digo mal... Porque en realidad, apenas hay aventuras en este admirable libro de poesía y de historia. Lo que hay es un magnífico reflejo del alma caballeresca y refinada, soñadora y sonriente, campechana y noble, triste y voluptuosa, de los príncipes poetas que, reinando en un país de leyenda, nos han legado la más bella imagen del esplendor mahometano.

IV

LOS SALMOS, DE DAVID

Ese libro inmenso, en el cual los exégetas han querido ver el romancero de una época, la gesta de una raza, es, en realidad, el poema íntimo de un hombre, el coloquio de un alma atormentada por todas las adversidades y exhaltada por todas las esperanzas, que sólo en su Dios confía. Y ese Dios no tiene nada de abstracto, nada de mítico. Es el Dios de Moisés, el Dios de Josué, el Dios de Job, el Dios que interviene constantemente en los asuntos de sus criaturas, el Dios implacable para con sus enemigos, el Dios todo misericordioso para con sus elegidos. «Mi corazón y mi carne—dice el poeta—cantan al Dios vivo». Pero no sólo cantos hay en su voz. Hay gemidos, hay gritos, hay maldiciones, hay anatemas, hay apóstrofes. Y hay también dulces suspiros y baluceos idílicos, y confidencias murmuradas. En el grandioso concierto de la literatura sagrada no se encuentran acentos más humanos que los de David. Los que creen descubrir mejor el corazón del hombre entre las amarguras desdeñosas del *Eclesiastés* o en medio de las intrigas del *Libro de Ester*, son víctimas de un espejismo. Dentro de la inmensidad de los *Salmos*, lo único que se encuentra, cuando se mira bien, es un humilde mortal prostrado ante el Señor, un mortal que gime, que tiembla, que implora, que vacila, que teme las tentaciones, que conoce sus flaquezas, que sabe los peligros que lo amenazan, que palpita, en fin, y que sólo en su fe se apoya. El *Libro de Samuel* no vela ni los crímenes, ni los pecados del rey poeta. El raptor de Betzabé, el matador de Uría, tuvo una de las existencias más borrascosas que registran las santas escrituras. Pero nunca, en ninguna circunstancia, ni aun en medio de sus mayores delirios de ambición o de amor, nunca un solo minuto perdió de vista a su Dios. Sus arrepentimientos, sus súplicas, sus lamentaciones, son tan sublimes dentro de la debilidad, como la paciencia de Job dentro de la fortaleza. Cuando más excelso resulta el soplo que anima los *Salmos*, es cuando más desamparada se halla el alma del salmista. De sus años de ventura juvenil, en los que compartía con su hermano Jonatán los deleites de la Corte, ningún eco queda en sus himnos. El segundo salmo es ya una elegía. Y en el tercero, el drama íntimo, el drama personal, el drama en que el hombre se halla solo ante Dios, comienza:

«Oh, Jehová, cuánto se han multiplicado mis enemigos!
Muchos se levantan contra mí.
Muchos dicen, hablando de mi vida:
No hay para él salvación posible.
Mas tú, Jehová, eres escudo alrededor de mí.
Eres mi gloria y ensalzas mi cabeza
Con mi voz clamé a Jehová».

Y él me respondió desde la altura de Su Santidad.

Me acosté y dormí.
Y desperté; porque Jehová me sostuvo.

Luego, dándose cuenta de que aún no ha llegado el momento de reposar la cabeza para descansar sin sobresaltos, alza la voz y ahonda la súplica:

«Escucha ¡oh!, Jehová, mis palabras; considera mis suspiros:
¡Escucha mis gritos implorantes, Rey mío, Dios mío!
Es ante ti ante quien me prosterno y clamo.
Oye mi voz por la mañana.
Desde la aurora compareceré ante ti anhelante.
Tú no eres un Dios capaz de complacerte en el mal...»

Y cuando el Señor no quiere escuchar sus ruegos, el poeta, lejos de encontrar injusto ese abandono, se lo explica por su propia indignidad:

«Yo soy gusano y no hombre;
soy oprobio de los hombres y desecho del pueblo.
Todos los que me ven me encarnecen,
mueven la cabeza, hacen una mueca,
y dicen: Que Jehová lo socorra,
y que lo arranque del peligro,
puesto que es de los suyos».

Los comentaristas bíblicos creen que el Salmo XVIII marca, con su canto de gloria, el momento en que el guerrero errante y perseguido logra hacerse coronar en Hebrón. Después, no obstante, es cuando con más amargura gime y llora a los pies del Señor. Después es cuando más se humilla, cuando más miserable se declara, cuando más justificado considera el abandono del cielo. Después es cuando su arpa encuentra los acordes más desgarradores para acompañar sus más profundos sollozos. ¿Debemos de atribuir esta constancia en la pena a la poca importancia que para David tienen los placeres y los esplendores reales? En su espíritu, sin embargo, no encontramos nada que se parezca a la filosofía del *Eclesiastés*. Ardiente y excesivo, verdadera encarnación del alma del desierto, caldeada por el sol de los siglos, sabe saborear los triunfos y los deleites con entusiasmo devorador. Sus grandes amores son imprevistos y avasalladores. Le basta ver un instante a Abigail, en los días más dolorosos de su huida, para que todas sus zozobras desaparezcan y su corazón se llene de alegría. ¿Que Abigail tiene un marido? No importa. En el acto ese marido se muere de miedo. Lo mismo pasa más tarde cuando ve salir del baño, desde la terraza de su palacio, a la hija de Eliam. A esa también hay que hacerla enviudar sin tardanza. Su temperamento está animado por llamas que incendian su raciocinio y determinan sus acciones. En sus mismas palabras, siempre armoniosas, siempre elevadas, hay algo de embriaguez, algo de vértigo, algo de torbellino. Su lirismo no tiene rival en ninguna literatura. Píndaro, a su lado, es un frío ordenador de pompas oficiales. Los salmos védicos palidecen junto a sus himnos. Sólo su abuelo Job encuentra, en el dolor, acentos tan sublimes como los suyos. Pero Job es la paciencia sobrehumana, mientras David es la flaqueza

humana. Por esto David se halla siempre más cerca de nuestra alma. Lo comprendemos cuando, sintiendo el peso de sus pecados, declara que los castigos que el Señor le impone son justos. Lo aprobamos cuando murmura, contrito y humilde: «Resignado me pongo entre tus manos». Y todavía lo comprendemos mejor y lo aprobamos más al ver que sus resignaciones son ilusorias, que su mansedumbre es quimérica, que lejos de someterse, lucha desesperadamente y sin reposo por reconquistar la gracia, por obtener el gesto que perdona, por volver a sentirse a la cabeza de los elegidos de Jehová. En su porfía, nada lo desalienta. El cielo se muestra a menudo sordo a sus gemidos, a sus clamores, a sus suspiros. «Es justicia», murmura. Luego llora más, se lamenta más, delira más. Aunque indigno, quiere misericordia, porque sabe que la bondad de Dios es infinita.

«Reconozco mis rebeliones;
mi pecado está siempre delante de mí;
contra ti, contra ti sólo he pecado;
he obrado mal ante tus ojos...»

A veces, hasta implora el castigo que merece. Más enseguida creyendo siempre que sus penas bastan para expiar, álzase de nuevo en vuelo de fogosas preces hasta hasta el trono celestial, implorando mercedes:

«Ten piedad de mí conforme a tu misericordia;
conforme a la multitud de tus piedadés.
Borra mis rebeliones.
lávasme más y más de mi maldad
y límpíame de mis pecados...»

Cuando dice que su único escudo está en Jehová, no exagera. Jehová es para él todo. A Jehová acude en las más grandes como en las más insignificantes circunstancias de su vida. Si se entenece contemplando el trigo que madura en los campos y las palomas que vuelan entre los olivos, vuelve la vista hacia Jehová para rendirle gracias por tanta poesía. Las caricias de su voz tienen una dulzura idílica. «Tus obras, señor, me llenan de regocijo y me complazco en cantarlas al son de la lira de diez cuerdas». Canta la bienaventuranza de la vida de familia; canta el cariño tranquilo de los que viven con sus hermanos; canta la gloria del firmamento azul; canta las estrellas luminosas; canta los reflejos de plata que hay en las alas de las aves; canta la fresca linfa de los arroyos, que sacian la sed de las praderas fecundas... Y siempre termina diciendo a Jehová: «Todo eso es tuyo, todo eso es tu obra». No hay nada que no obedezca a la voluntad divina; no hay nada que no esté movido por las manos celestiales. «Tú fuiste el que me escondiste en la gruta, en los días adversos», exclama. Y agrega: «Mi padre me abandonó; mi madre me abandonó; tú, no; tú no me abandonas nunca». Su confianza no conoce límites. Cuando llora, por amargas que sean sus lágrimas, hay un reflejo de esperanza que ilumina sus ojos. Cuando llega el día del perdón, el día de las promesas, el día de la misericordia, su alma lírica se eleva hasta el cielo, en un himno luminoso, en un himno exigente, en un himno algo infantil, en el que las súplicas del niño ante el padre que sonríe se convierten en balbuceos:

«Pelea con los que me combaten;
echa mano del escudo y del pavés;
levántate en mi ayuda;
saca la lanza y cierra contra mis adversarios.
Dí a mi alma: Yo soy tu salud...»

Y todo el inmenso poema, desde el salmo primero hasta la última aleluya, es un espejo proceloso y sublime, en el cual se refleja el corazón inquieto, triste, atormentado, ávido, insondable, del rey poeta, del rey hombre, del ser que llora, que ama, que anhela, que codicia, que tiembla, que duda de sí mismo, pero que nunca duda de su Dios. ¡Oh, la fe infinita, la fe excelsa del salmista! Hay que esperar hasta la época de las grandes santas, hasta Teresa de Jesús, hasta Catalina de Sena, hasta Clara de Asis, para encontrar una llama igual de amor, una constancia tan devota, una humildad tan generosa, una confianza tan absoluta, una ternura tan sublime, una armonía interior tan divina.

E. GÓMEZ CARRILLO

París, agosto de 1924.
(A. B. C. Madrid)

BIBLIOTECA NACIONAL

San José, 25 de noviembre de 1924.

Señor Jefe del Control

Pte.

El estado de la Caja de la Biblioteca Nacional, del 13 de octubre a la fecha, es como sigue:

CAJA

		Debe
1924	Oebre. 13 Saldo.....	₡ 334 49
	Novbre. 1 Giro de Gobierno.....	400 00
		₡ 734 49
		Haber
Novbre. 1	Felipe J. Alvarado.....	₡ 5 00
	Basigó & Alvarado.....	7 50
	Biblioteca Pública de Alajuela	45 00
	The Grolier Society.....	40 15
	The Royal Bank of Canada..	20 05
	Biblioteca Pública de Heredia	45 00
3	A. Castro Esquivel.....	15 70
	Sauter & C ^o	50 00
4	Alsina.....	36 00
5	Koberg & C ^o	11 75
	Compra de sacos para pisos..	3 00
7	Secretaría de Educación.....	30 00
10	Francisco Alvarado.....	35 75
12	Escuela Metodista.....	7 20
	Neofito Vargas.....	1 50
13	Clemente Rodríguez.....	8 50
25	Biblioteca Pública de Cartago	45 00
	Lectura (Madrid).....	67 35
	Gastos varios.....	3 55
		₡ 478 00
	Saldo.....	256 49
		₡ 734 49

Le van los comprobantes de las cuentas que me ha sido posible obtener por duplicado.

Del señor Jefe del Control, con toda consideración atto. y s. s.

J. GARCÍA MONGE

BIBLIOTECA NACIONAL

San José, 7 de enero de 1925.

Señor Jefe del Control

Pte.

El estado de la Caja de la Biblioteca Nacional, del 25 de noviembre pasado a la fecha, es como sigue:

CAJA			
		Debe	
1924 Dicbre. 1° Saldo anterior.....	₡	256 49	
Giro Gobierno.....		400 00	
Giro Gobierno.....		400 00	
Venta de Leyes.....		17 00	
		<hr/>	
	₡	1073 49	
		Haber	
Dicbre. 1° F. J. Alvarado.....	₡	5 00	
Trejos Hnos.....		5 50	
The Grolier Society.....		40 25	
Arturo Castro Esquivel.....		22 45	
Wise & C°.....		20 20	
Biblioteca Pública de Heredia		45 00	
Biblioteca Pública de Alajuela		45 00	
3 Imprenta Alsina.....		37 50	
Clemente Rodríguez e hijos..		12 50	
Sauter & C°.....		50 00	
La Constancia.....		2 40	
11 Sauter & C°.....		8 00	
12 Sauter & C°.....		5 00	
17 Sauter & C°.....		4 00	
Editorial Babel de Buenos Aires.....		18 00	
La Facultad, Buenos Aires..		44 00	
Por compra de libros para Bibliotecas Públicas.....		96 50	
22 Fábrica Nacional.....		30 00	
26 Biblioteca Pública, Alajuela..		45 00	
27 Victoriano Suárez (Madrid)..		49 15	
Biblioteca Pública, Heredia..		45 00	
31 Felipe J. Alvarado.....		5 00	
1925 Enero 1° Wise & C° (New York).....		20 10	
3 Francisco Alvarado M.....		25 00	
Arturo Castro Esquivel.....		30 70	
5 Sauter & C°.....		50 00	
Imprenta Alsina.....		37 80	
Biblioteca Pública de Cartago		90 00	
Gastos varios.....		19 75	
		<hr/>	
	₡	898 80	
Saldo.....		174 69	
		<hr/>	
	₡	1073 49	

Le van los comprobantes de las cuentas que me ha sido posible obtener por duplicado.

Del señor Jefe del Control, con toda consideración
atto. y s. s.,

J. GARCÍA MONGE

BIBLIOTECA NACIONAL

Obras adquiridas en diciembre de 1924

V. García Calderón: La venganza del cóndor	₡	2 50
Luis Urrutia: Cuestiones gastroenterológicas, (Ira. serie).....		4 50
Félix Landin: Ensayos y comentarios clínicos de cirugía abdominal, (Ira. serie)...		6 00
Luis Redonet: Crédito agrícola. Historia, bases y organización, 1 vol. pasta.....		8 40
J. Ortega y Gasset: Las Atlántidas.....		6 00
F. Ossen Iowski: Bestias, hombres y dioses.....		3 00
Flores de penitencia, por E. Gómez Carrillo, 1 vol. pasta.....		3 50
Los buques, por G. Clerc Rampal.....		3 50
Historia secreta de Bolívar, por C. Hispano.		4 00
Juana de Ibarbourou: Ejemplario.....		3 00

Juana de Ibarbourou: Páginas de literatura.		4 00
Patrascoiu: Psicología, 1 vol. pasta.....		8 00
L. Lugones: Filosofica.....		4 00
H. Quiroga: Cuentos de la sierra.....		3 00
Morey: Constitución anotada del Uruguay.		6 00
Zorrilla de San Martín: El sermón de la paz.		4 00
C. Vaz Ferreira: Sobre los problemas sociales.....		4 00
C. Vaz Ferreira: Sobre la propiedad de la tierra.....		8 00
L. Lugones: Odas seculares.....		4 00
L. Lugones: Cuentos fatales.....		4 00
L. Lugones: Romancero.....		4 00
L. Lugones: Estudios helénicos, 1 volumen pasta.....		6 00

BIBLIOTECA NACIONAL SALON DE MAESTROS Y NIÑOS Resumen de octubre de 1924

Lectores.....	1464
Costarricenses.....	1344
Extranjeros.....	120
Niños.....	800
Niñas.....	617
Maestros.....	13
Otros lectores.....	34
Materias:	
Revistas.....	153
Ciencias Naturales.....	25
Historia.....	18
Geografía.....	49
Diccionarios.....	22
Gramáticas.....	6
Albumes.....	8
Literatura.....	1202
Libros prestados a domicilio.....	74

LUZ CARVAJAL

SALA DE MAESTROS Y NIÑOS Resumen de noviembre de 1924

Lectores.....	1254
Extranjeros.....	102
Costarricenses.....	1152
Niños.....	556
Niñas.....	622
Maestros.....	4
Otros lectores.....	22
Materias:	
Revistas.....	156
Ciencias Naturales.....	23
Historia.....	5
Geografía.....	28
Diccionarios.....	9
Gramática.....	5
Literatura.....	1026
Libros prestadas a domicilio.....	47

LUZ CARVAJAL

BIBLIOTECA NACIONAL TALLER DE ENCUADERNACION

Movimiento habido en noviembre de 1924

Tomos recibidos.....	12
Tomos entregados	
Trabajo ordinario.....	91
Trabajo extraordinario.....	150

JESÚS MORGAN

BIBLIOTECA NACIONAL

TALLER DE ENCUADERNACION

Movimiento habido en diciembre de 1924

Tomos recibidos.....	218
Tomos entregados	
Trabajo ordinario.....	72
Trabajo extraordinario.....	200

JESÚS MORGAN M.

BIBLIOTECA NACIONAL

SALON DE OBRAS

Resumen del mes de octubre de 1924

Lectores.....	1205
Lectoras.....	63
	<u>1268</u>

Por materias

Lingüísticas.....	70
Científicas.....	45
Históricas.....	40
Medicina.....	3
Sociológicas.....	8
Biográficas.....	10
Educación.....	7
Comerciales.....	8
Matemáticas.....	10
Morales.....	20
Agrícolas.....	12
Códigos de Costa Rica.....	8
Jurídicas.....	80
Construcciones Civiles.....	8
Carreteras y Ferrocarriles, N° 8395.....	6
Filosóficas.....	20
Geográficas.....	38
Viajes.....	6
Cívicas.....	4
Literarias.....	865
	<u>1268</u>

Por naciones

Franceses.....	1
Espanoles.....	5
Salvadoreños.....	1
Nicaraguenses.....	2
Alemanes.....	3
Norteamericanos.....	2
Costarricenses.....	1254
	<u>1268</u>

Por idiomas

En francés.....	6
En alemán.....	3
En inglés.....	12
En italiano.....	1
En español.....	1247
	<u>1268</u>

Promedio: 1268 lectores en 27 días hábiles, 46—96.

Del señor Director, muy respetuosamente,

MANUEL DE LA TORRE
rer. Auxiliar

BIBLIOTECA NACIONAL

SALON DE OBRAS

Resumen del mes de noviembre de 1924

Por materias

Lingüística.....	51
Jurídicas.....	75
Científicas.....	23
Comerciales.....	7
Diccionario Filosófico.....	8
Históricas.....	36
Geográficas.....	13
Armorial General.....	6
Morales.....	16
Geológicas.....	2
Pedagógicas.....	7
Radio-telefonía.....	1
Radio-difusión.....	1
Diccionario de Medicina.....	2
Medicina operatoria.....	1
Matemáticas.....	3
Religiosas.....	1
Mecánica.....	1
Hipnotismo y sugestión.....	3
Electricidad.....	1
	<u>258</u>
Literarias.....	1019
	<u>1277</u>

Por naciones

Salvadoreños.....	1
Alemanes.....	1
Franceses.....	1
Nicaraguenses.....	1
Venezolanos.....	1
Colombianos.....	1
Costarricenses.....	1271
	<u>1277</u>

Por idiomas

En alemán.....	2
En francés.....	3
En inglés.....	4
En español.....	1268
	<u>1277</u>

Promedio: 1277 lectores en 25 días hábiles 51—08.

Del señor Director, muy respetuosamente,

MANUEL DE LA TORRE
rer. Auxiliar

BIBLIOTECA PUBLICA DE HEREDIA

Heredia, 6 de diciembre de 1924.

Señor Director General de Bibliotecas

San José

Muy estimado señor:

Tengo el gusto de informar a Ud. del movimiento de la Biblioteca de esta ciudad, en el mes de noviembre próximo pasado.

Lectores a periódicos y revistas.....	32
Lectores a obras científicas.....	50
Lectores a novelas y cuentos.....	277

Con motivo del verano y la cesación del movimiento escolar, la asistencia a la Biblioteca disminuye en este mes, y probablemente en todos los del tiempo de vacaciones.

El movimiento de fondos es como sigue:

Suscripción a periódicos.....	₡ 12 00
Alquiler de pieza 11 días de octubre...	5 50
Compra de útiles de escritorio.....	3 70
Abono a la obra "Tesoro de la Juventud" incluyendo gasto de certificación.	20 55
Correo y gastos de tráfada de ídem.....	1 95
Gastos de locomoción, viaje a San José a asuntos de la Biblioteca.....	1 50
Por 1 rollo mimbre para remiendo sillas.	2 50
Por 2 agujas para petatillo.....	0 20
Suma gastada.....	₡ 47 90
Noviembre 1º Recibido para gastos...	₡ 45 00
Saldo del mes anterior.....	2 90
Suma.....	₡ 47 90

Ya está en servicio la obra, antes mencionada. Es una muy valiosa adquisición para la Biblioteca y se paga por mensualidades de \$ 5.00.

De este mes (diciembre) en adelante se hace posible la compra de alguna que otra obra conveniente, pues ya no hay que pagar alquiler de local.

Me es grato repetirme de Ud. muy attº. s. s.,

BENJ. BOLAÑOS

BIBLIOTECA PUBLICA DE HEREDIA

Heredia, 31 de diciembre de 1924

Señor Director General de Bibliotecas

San José

Muy estimado señor:

Con el mayor gusto informo a Ud. del movimiento de lectores habido en esta Biblioteca.

A periódicos y revistas.....	32
A obras literarias.....	112
A obras científicas.....	33

El caudal de obras literarias ha aumentado con el recibo de 12 que obsequió la Biblioteca Nacional.

El estado de fondos es como sigue:

Gastado en periódicos (noviembre)....	₡ 13 00
Compra de un gancho para pisos.....	1 50
Compra de una escoba.....	1 75
Arreglo de dos sillas.....	4 10
Abono a la obra "Tesoro de la Juventud".....	40 05
Locomoción para asuntos de la Biblioteca.....	1 50
Suma.....	₡ 61 90
Saldo.....	28 10

Recibido en noviembre y diciembre... ₡ 90 00

Con el mayor gusto me suscribo muy atento servidor de Ud.,

BENJ. BOLAÑOS

BIBLIOTECA PUBLICA DE CARTAGO

Señor Director de la Biblioteca Pública de Cartago:

El movimiento habido en esta Biblioteca durante el mes de setiembre de 1924 es el siguiente:

Número de libros recibidos.....	5
— — revistas.....	5
— — periódicos.....	7
— — folletos.....	2
— — lectores durante el mes.....	215
— — periódicos.....	118
— — revistas.....	31
— — obras literarias.....	37
— — obras científicas.....	39

Asistencia media: 7.

Cartago, 22 de octubre de 1924

CARLOS GAMBOA R.

BIBLIOTECA PUBLICA DE CARTAGO

Cartago, enero 3 de 1925

Señor Director General de Bibliotecas

San José

Rindo cuentas a Ud. respecto al estado de Caja de la Biblioteca Pública de esta ciudad en el último trimestre de este año.

INGRESOS

Sobrante el 1º. de octubre.....	₡ 242 65
Cupos de setiembre, octubre y noviembre....	135 00
Suman.....	₡ 377 65

EGRESOS

Subscripción a los 5 diarios: La Verdad, La Prensa, La Noticia, La Tribuna y el Diario de Costa Rica en 3 mes a	₡ 12 00	₡ 36 00
Idem a La Prensa en agosto (atrasada).....		2 00
Octubre 21. Un álbum caricaturas Hernández.....		5 00
Un picaporte y reparaciones al excusado.....		12 75
Octubre 30. Reparaciones a una puerta... ..		2 00
Noviembre 6. } Suscripción al Repertorio y Diciembre 23. } Americano, Nos. 1 a 16.		8 00
Noviembre 26. Encuadernar 6 tomos.....		6 40
Suman.....	₡ 72 15	
Sobrante el 1º. de enero.....		305 50
Total.....	₡ 377 65	

Soy de Ud. seguro y atento servidor,

V. LACHNER SANDOVAL
Director

BIBLIOTECA PUBLICA DE ALAJUELA

Alajuela, 2 de enero de 1925.

Señor Director General de Bibliotecas

San José

Señor:

Me es muy grato rendir a Ud. el informe acerca del movimiento habido en este centro durante el último trimestre del año próximo pasado, como sigue:

MESES	Nº de lectores	Días que se abrió la Biblioteca	Promedio
Octubre	1100	30	36
Noviembre	890	28	31
Diciembre.....	675	28	24
Total en el trimestre	2665	86	30

OBRAS ADQUIRIDAS EN EL TRIMESTRE EXPRESADO

Por obsequio de la Biblioteca Nacional

- 2 tomos Una Centuria Literaria, Poetas y Prosistas Uruguayos, 1800-1900, Hugo D. Barbagelata.
 1 tomo Sangre de mi Sangre (Poesías) sin ajena prologación, J. M. Blásquez de Pedro.
 1 tomo Reflexiones históricas y conceptos de crítica, Diego Carbonell
 1 tomo Simpatías y Diferencias 1ª Serie, Alfonso Reyes.
 1 tomo Simpatías y Diferencias 2ª Serie, Alfonso Reyes.
 1 tomo Simpatías y Diferencias 3ª Serie, Alfonso Reyes.
 1 tomo El Plano Oblicuo, Alfonso Reyes.
 1 tomo Anfora Sedita, Poemas, Rafael Heliodoro Valle.
 1 tomo El esfuerzo Civilizador y otros ensayos, Edwin Elmore.

De los Estados Unidos

5 folletos Boletín de la Unión Panamericana, meses: setiembre, octubre, noviembre y diciembre de 1924 y enero de 1925.

De la Secretaría de Educación Pública

Memoria de esta Cartera, correspondiente al año 1923.
 1 folleto Boletín Mensual de la Sociedad de las Naciones, mayo 1924, Edición Oficial.
 1 folleto Revista de la Escuela de Comercio de Paraguay, Director, Jorge López Moreira.

De España

1 folleto Bibliografía General española e hispano-americana, correspondiente enero a mayo Nos. 1 a 5.

De Italia

1 revista Internacional de ciencias titulada Scientia, Director Eugenio Rignano.

De la Oficina de Canjes

1 Boletín de la Biblioteca Nacional N° 46 mes de julio 1924.
 10 números de La Gaceta, Diario Oficial.
 2 tomos La Guerra de Nicaragua, escrita por William Walker, versión castellana de Ricardo Fernández Guardia.

Envío de don Anastasio Alfaro

1 folleto Homenaje a don José C. Zeledón.

Envío de la Secretaría de Gobernación

1 tomo Guanacaste, Libro conmemorativo sobre el centenario de la incorporación del partido de Nicoya a Costa Rica, por Víctor M. Cabrera.

Por Canje con don José M. Alfaro Cooper

Tomo X Diccionario Enciclopédico hispano-americano, por 2 tomos de la obra El Hombre y la Tierra de Eliseo Reclus.

Por suscripción

A Joaquín García Monge, suscripción Repertorio Americano, meses: octubre, noviembre y diciembre N° 5, 6, 7, 8, 9, 10, 11, 12, 13, 14, 15 y 16.

A Saunter & C°, suscripción a las revistas La Esfera, Caras y Caretas, Alrededor del Mundo y el Monitor de la Educación Común.

Además se han recibido los periódicos del país, los cuales son pagados por la Municipalidad de este cantón, según acuerdo del año anterior.

El estado de cuentas de la Biblioteca en el cuarto trimestre expresado, es como sigue:

1924 Octubre 1º. Saldo de setiembre.....	₡ 86 70
Subvención Gobierno, meses setiembre, octubre, noviembre y diciembre de	
₡ 45.00 cada uno.....	180 00
Suman.....	₡ 266 70

SALIDAS

Octubre 1º. Suscripción Repertorio Americano, mes setiembre...	₡ 2 00
3 Suscripción revistas casa Saunter según recibo número 20584	9 00
15 A Bazar Alajuela, media docena bombillas 50 x 120.	6 00
Novbre. 1º. Suscripción Repertorio Americano, mes octubre...	2 00
1º. Jesús Ocaña, empastado 13 colecciones leyes a ₡ 2.00 cada uno	26 00
6 A Koberg & Cía., mercaderías según recibo número 32610	6 60
29 A Enrique Sánchez, trabajos en la Biblioteca.....	11 50
30 A Anibal Calvo, vidrio para la Biblioteca.	19 50
Dicbre. 11 A Jesús Ocaña, empastado 10 colecciones leyes.....	20 00
1º. Suscripción Repertorio Americano, mes noviembre...	2 00
1925 Enero 1º. Suscripción Repertorio Americano, mes diciembre...	2 00
Sobrante para enero de 1925...	160 10
Suman.....	₡ 266 70

Dejo así rendido el presente informe.

Me es muy honroso repetirme de Ud. con toda consideración, atento y obsecuente servidor,

ANTONIO PADILLA

BIBLIOTECA DE LA ESCUELA NORMAL

Heredia, octubre 9 de 1924.

Señor Director de la Escuela Normal

S. D.

Distinguido señor Director:

Paso a dar a Ud. los datos que corresponden a la labor de esta Biblioteca durante el mes de setiembre recién pasado. En el anexo N^o 1 se servirá encontrar, como de costumbre, los datos de Estadística de Obras Consultadas, llevados día por día; en el anexo N^o 2 se anota la Estadística de Lectores; en el anexo N^o 3 encontrará Ud. el crecimiento de este Departamento durante el mes que trato de historiar.

Como se cumple el tercer bimestre, fecha oportuna para otorgar la tercera nota reglamentaria, me permito acompañar a este informe algunos datos sacados del archivo y que corresponden al número de consultas hechas en el bimestre, clasificadas por años de la Escuela, y con indicación del alumno que hizo en cada año mayor número de consultas. En el archivo tenemos, a la orden de los señores profesores, las tarjetas que han servido para solicitar los libros, y en las que se puede ver, alumno por alumno, qué libros ha pedido, cuántas veces el mismo libro, cuando lo ha pedido para leerlo en la casa, además de las observaciones pertinentes que se ha creído oportuno anotar. El tener este archivo al día es labor que realiza escrupulosamente mi auxiliar Luis A. Bolaños, quien se me ha revelado como un magnífico colaborador. Lo único que siento es que sean pocos los profesores que consultan ese archivo para ampliar sus datos acerca de los alumnos y eso que hay datos que pudieran ser interesantes acerca de los alumnos que leen exclusivamente obras serias; de otros que buscan tan sólo novelitas insustanciales; de otros que mariposean entre todos los libros realizando una labor efímera, a la par de los que sí estudian con real cariño los volúmenes científicos, pedagógicos o literarios que llegan a sus manos. Aquí se puede seguir libremente una investigación de esa naturaleza porque los empleados de la Biblioteca limitamos nuestra función a entregar los libros que se nos pidan, ayudar a buscar los datos que los estudiantes necesitan y a velar por el orden dentro del salón y el buen trato que se debe dar a los volúmenes que se facilitan, sin pretender erigirnos en dómines de las lecturas ni querer que a la fuerza lean libros serios quienes no tienen el espíritu en condiciones propicias. Cuando alguna persona nos pide que le recomendemos un libro sentimos una gran responsabilidad y accedemos con gran temor. ¿Quién puede medir las influencias de una lectura en una vida que uno ni sospecha? Y en cuanto a prohibir sólo lo hacemos con aquellos muy pocos libros que por tener palabras duras no convenga que los alumnos muy jóvenes conozcan.

El resumen de las consultas por años es como sigue:

I	Año	482.	Máximum:	Carlos Argüello,	52	consultas.
II	»	A 290.	»	Zelmira Carballo,	35	consultas.
II	»	B 426.	»	Guillermo Cambronero,	52	consultas.

III	»	A 478.	Máximum:	Talia Rojas,	75	consultas.
III	»	B 340.	»	Berta Pérez,	38	consultas.
I	»	N 656.	»	Luis A. Bolaños,	55	consultas.
II	»	N 714.	»	María I. Moya,	58	consultas.
III	»	N 415.	»	María J. Solís,	39	consultas.
Total:					3801	
						Total: 394

Con respecto al Taller de Encuadernación, asunto del que le hablé a Ud. en informe detallado en setiembre 12, sólo tengo que agregar que ha estado funcionando con toda regularidad, y que ya ha devuelto los primeros doce debidamente arreglados. Aquí es oportuno rogar a Ud. que se sirva pedir al Ministerio un sueldo para la señorita Jefe de esta actividad, pues ella, aunque no quiere ni hablar de sueldo, sin duda sufre pérdida en sus haberes personales con venir a prestarnos sus servicios.

El estado económico del Taller sólo ha sufrido una pequeña modificación; al saldo de ₡ 61.00 (sesenta y un colones) hay que agregarle ₡ 5.00 que obsequió el profesor don Tranquilino Sáenz; y hay que restarle ₡ 2.75 gastados en papel blanco, harina para engrudo y tornillos; por lo que queda un saldo de ₡ 63.25 para octubre. Al dar aquí las gracias al señor Sáenz, cúpleme hacerlo también con la Escuela de Aplicación que nos ha facilitado una prensa de mano.

Los gastos de la Biblioteca se han hecho así:

Salidas durante setiembre

Saldo en contra del mes de agosto de 1924.	₡	5 00
Suscripción «Diario de Costa Rica» y «Tribuna»		6 00
«Concherías y Epigramas», Aquileo Echeverría, 1 docena.....		7 50
Repertorio Americano, Nos. 1 a 12, Tomo IX.....		5 00
«La Edad de Oro», 40 hojas.....		2 00
Saldo a favor de octubre próximo.....		4 50
Total.....	₡	30 00

Entradas durante setiembre

Subvención de la Secretaría de la Escuela Normal.....	₡	30 00
---	---	-------

En mi anterior informe referí el buen éxito de nuestro intento de ponernos en relación con Centros Culturales y grandes personalidades del exterior; ese movimiento, así como el de hacer obsequios a Bibliotecas Escolares, ha continuado y espero esta dentro de poco en condiciones de rendir un informe satisfactorio. Mientras tanto permítame decirme su seguro servidor y amigo,

SALVADOR UMAÑA S.
Bibliotecario

ANEXO N.º 1

BIBLIOTECA DE LA ESCUELA NORMAL
ESTADISTICA DE OBRAS CONSULTADAS

Setiembre de 1924

Secc.	MATERIAS	DIAS																												Exis- tencia
		1	2	3	4	5	9	10	11	12	16	17	18	19	22	23	24	25	26	29	30									
1	Ciencias Aplicadas	4	2	2	1	1	8	3	1	4	4	7	2	14	5	6	7	6	4	11	3	200								
2	Ciencias Filosóficas	5	5	1	2	5	4	3	2	1	2	2	1	5	1	1	1	2	1	1	1	361								
3	Ciencias Educativas	4	6	7	2	1	3	2	6	5	3	8	12	5	1	9	19	6	14	8	4	256								
4	Historia	9	4	3	1	3	3	6	3	4	6	6	7	1	3	7	6	3	3	2	359									
5	Geografía	15	9	2	2	5	7	6	2	8	5	13	7	6	7	4	5	6	126									
6	Ciencias Puras	20	15	13	5	12	17	6	12	11	11	4	11	7	18	10	16	29	11	8	197									
7	Literatura Española y Portuguesa	7	11	12	18	15	10	6	23	30	13	13	18	25	13	9	15	24	23	4	245									
8	— Inglesa	3	4	2	3	1	1	2	1	1	2	..	1	2	6	1	87									
9	— Clásica	2	3	6	2	1	4	..	3	5	2	..	1	6	5	3	..	4	1	2	172									
10	— Italiana	2	1	1	..	3	2	1	1	48									
11	— Alemana y Oriental	..	1	1	2	1	1	1	2	2	..	1	2	2	28									
12	Estudio del Lenguaje Castellano	2	5	11	13	9	15	7	19	13	12	24	19	6	7	9	8	7	4	2	56									
13	Literatura Hispano-americana	7	10	11	9	7	4	1	5	8	4	1	10	3	12	6	4	5	5	..	132									
14	— Patria	13	7	5	7	5	11	2	6	5	7	..	2	1	4	2	3	5	1	1	55									
15	— Francesa	7	6	6	4	3	6	3	1	4	8	6	6	8	4	4	4	9	3	2	253									
16	— Rusa y Escandinava	1	..	1	..	1	1	1	2	1	1	1	..	2	1	2	2	1	37									
17	Bellas Artes	..	1	..	1	1	2	..	2	2	3	..	3	1	61									
18	Lectura y Literatura Infantil	15	6	11	7	4	4	2	6	9	6	6	11	9	6	11	8	5	2	2	41									
19	Métodos y Diccionarios	10	16	19	19	8	12	2	19	19	19	8	21	19	20	15	21	20	12	19	144									
R-3	Revistas Educativas	1	..	1	1	1	..	2	2	1	43									
R-6	— Científicas	19									
R-7	— Españolas	1	1	40									
R-13	— Hispano Americanas	8	4	4	3	3	6	1	7	3	7	3	3	4	6	7	6	2	6	2	23									
R-14	Periódicos	2	1	4	2	4	3	..	5	4	6	3	6	8	2	2	3	2	2	1	3									
24	Totales	130	117	127	100	87	124	47	123	139	122	94	143	126	124	119	129	140	106	78	2976									

ANEXO N.º 2

ESTADISTICA DE LECTORES

Setiembre de 1924

Agosto	VARONES					SEÑORITAS					Total General
	Escuela Normal	Escuela Primaria	Profesores y Maestros	Particulares	Total Varones	Escuela Normal	Escuela Primaria	Profesores y Maestros	Particulares	Total Señoritas	
1	39	..	4	..	43	73	9	5	..	87	130
2	45	2	4	..	51	64	..	2	..	66	117
3	48	1	6	..	55	69	..	3	..	72	127
4	42	5	1	..	48	50	..	2	..	52	100
5	38	2	4	..	44	43	43	87
9	50	1	5	..	56	60	2	6	..	68	124
10	15	1	2	..	18	28	..	1	..	29	47
11	54	..	3	..	57	66	66	123
12	48	1	6	..	55	83	..	1	..	84	139
16	40	..	5	..	45	76	..	1	..	77	122
17	32	..	4	..	36	58	58	94
18	41	..	3	..	44	96	1	2	..	99	143
19	45	..	4	1	50	76	76	126
22	28	4	6	1	39	80	1	4	..	85	124
23	30	5	4	..	39	72	..	7	1	80	119
24	40	5	2	..	47	77	..	4	1	82	129
25	47	4	5	..	56	81	..	1	2	84	140
26	35	..	2	1	38	67	..	1	..	68	106
29	24	..	2	..	26	46	..	6	..	52	78
30	43	5	3	..	51	33	2	3	..	38	89
20 días	784	36	75	3	898	1298	15	49	4	1366	2264

Asistencia diaria { Varones..... 44,90
 Señoritas..... 68,30
Total..... 113,20

ANEXO N.º 3

Crecimiento de la Biblioteca en setiembre de 1924

- 1—Mon Petit Trot, por André Lichtemberger. (Libro que recomienda Carmen Lira para Literatura Infantil. Enviado desde París por la graduada Helia Bolaños Castro).
- 2—Album de Versailles el les Tranions, obsequio de Helia Bolaños.
- 3—Galería de las Batallas del Palacio de Versailles, París, obsequio de Helia Bolaños.
- 4—Mi España, por Pedro Enriquez Ureña, obsequio de don J. García Monge.
- 5—Diccionario Francés-Español y Español-Francés, obsequio de don Samuel Sáenz.

- 6—La Iliada, tomos I y II, Homero, obsequio de doña Ofelia Arias de Pacheco.
- 7—Fundamentos de Cultura Literaria, por el Padre Esteban Moreu, obsequio de la señorita graduada María Beer.
- 8—La Voz de Limón, Nos. 1 y 2, Limón, C. R., obsequio de los Editores.
- 9—Bolletín Bibliographico da Bibliotheca Nacional da Río de Janeiro, Anno III, N.º 3 y 4, obsequio de su Director.
- 10—La Hacienda, Nos. julio, agosto y setiembre de 1924, suscripción.
- 11—La Orientación Profesional, por Claparède, obsequio del Profesor don José Guerrero.

- 12—El Niño Agricultor, Nos. 15, 16, 17 y 18, obsequio de su Director.
- 13—El Ateneo, Revista Estudiantil, Año V, N° 24, agosto de 1924, obsequio de su Director.
- 14—El Libro y el Pueblo, Año III, T. III, Ns. 4 a 6, obsequios del Departamento de Bibliotecas de la Secretaría de Educación Pública de México.
- 15—The Monthly Weather Review, volumen 52, N° 6, obsequio del U. S. Department of Agriculture. Weather Bureau, Washington, D. C.
- 16—Public Health Reports, Vol. 29, Nos. 31 a 33, obsequio de The U. S. Public Health Service.
- 17—Proyectos de Tratado de Desarme y Seguridad, (Boletín 28, julio de 1924), Inter-América, (Vol. VIII, N° 3); Argentina, por Peter H. Goldsmith, obsequio de Conciliación Internacional.
- 18—La Justicia Internacional, por N. Politis. «A Practical Plan for Disarmament», obsequio de la International Conciliation.
- 19—La Nación, 5 ejemplares, mes de julio de 1924, obsequiados por el Consulado del Salvador en Costa Rica.
- 20—Manual de Agricultura Tropical, por Nicholls y Pittier, 1ª edición, 36 ejemplares, obsequio del Centro Intelectual Editor, San José.
- 21—Declaration de Genève, obsequio de Union Internationale de Secours aux Enfants, Genève.
- 22—Revista de Instrucción Primaria, Año XX, Nos. 460 y 461, obsequio de su Director don Francisco Brunet.
- 23—Nature Magazine, setiembre de 1924 obsequio del Profesor don Juan J. Carazo.
- 24—Tercer Congreso Científico Panamericano, (Constitución y Programas), obsequio de don José Y. Bravo, Secretario General del Congreso, Ap. 889, Lima, Perú.
- 25—Boletín de la Biblioteca Nacional, N° 45, junio de 1924, Obsequio del Director de la Biblioteca Nacional, San José, Costa Rica.
- 26—La Escuela Costarricense, número correspondiente a agosto de 1924 y El Método del Proyecto, por M. Salas Marchan, obsequio del Centro de Publicaciones del Magisterio, San José.
- 27—Homenaje a don José C. Zeledón, obsequio del Prof. don Anastasio Alfaro, San José, Costa Rica.
- 28—A Brief Manual of Games for Organized Play, by Martha Travilla Speakman, obsequio U. S. Department of Labour.
- 29—Jardín para Niños, por José María Zeledón, obsequio de Carmen Lira, San José, Costa Rica.
- 30—Cuentos Germánicos, obsequio de Carlos Durán H., San José, Costa Rica.
- 31—Revista de Educación Nacional, Año XX, N° 1, obsequio de su Director don José Pinochet LeBrun.
- 32—El Niño Agrarista, Año I, N° 1, obsequio de su Director don Ismael Cervantes, México.
- 33—Official Program, Sixty second Annual Meeting, obsequio National Education Association.
- 34—Boletín de la Oficina Sanitaria Panamericana, Año III, N° 4, abril de 1924 y N° 7, julio de 1924, obsequio Oficina Sanitaria Panamericana, Unión Panamericana, Washington, D. C.
- 35—Boletín de la Unión Panamericana, 6 números, Revista de Instrucción Pública, (Cuba), un nú-

mero; Revista de Educación Nacional, (Chile), tres números; Observations on the Monroe Doctrine, by Charles E. Hughes, un número, obsequio del Profesor don Luis Felipe González.

- 36—The National Geographic Magazine, XLVI, Number two, agosto de 1924, obsequio de la National Geographic Society, Washington, D. C.

LAS CARTAS DE LOPE DE VEGA

Si no conociera la fertilidad de su ingenio y su laboriosidad de benedictino, sentiría la tentación de preguntarle a Icaza: ¿de dónde saca usted tiempo para explorar tan varias especialidades de la erudición hispánica, para traducir y comentar a los poetas modernos del Norte, para dilucidar cuestiones críticas de actualidad y para alternar con las pacientes tareas de la historia literaria, la creación del poeta?

Con el número de la «Revista de Occidente» en que se inserta el estudio de Icaza acerca del Epistolario de Lope de Vega, seguido de seis cartas inéditas del autor de «La Dorotea», llega a mis manos el tomo de Salas Barbadillo, de la serie de clásicos de «La Lectura», que contiene «La perenigración sabia» y «El sagaz Estacio», curiosas obras de época, de sabrosa lectura, que el erudito mejicano reproduce en una cuidada edición, procedida de un estudio biográfico y crítico de Salas Barbadillo, y en el estudio acerca de las cartas de Lope se anuncian la próxima publicación del Epistolario y el libro «Lope de Vega, sus amores y sus odios», premiado en el primer concurso nacional de literatura. A estos trabajos de Icaza, que justifican la indicación preliminar de estas líneas, seguirá una nueva edición y estudio de «El Pasajero», de Suárez de Figueroa.

* * *

El estudio acerca del epistolario de Lope resume con la concisión expresiva, sólo asequible al que domina una materia, la historia y el carácter de esa correspondencia. Las cartas inéditas que le siguen son selectas muestras del vasto epistolario que abarca un período de treinta años, en los cuales Lope, secretario y confidente del duque de Sessa, se comunicó asiduamente con aquel personaje. La secretaría de Lope, era verdaderamente oficio de secreto, pues se ejercitaba en tan íntimos menesteres como los amores del duque y establecía entre el secretario y el señor cierta familiaridad de hombres enamorados, afines en las pasiones, sin que por eso se borrara la distancia jerárquica, hoy invertida. Para la posteridad, Lope es un personaje mucho más alto que su protector, el duque.

El epistolario procede del archivo de la casa de Altamira. El duque y sus inmediatos sucesores conservaron, encuadrada en varios tomos, aquella correspondencia, que ha llegado a adquirir el valor de una documentación histórica y literaria. Se explica el cuidado en conservarla por la fama de Lope, el más popular de los ingenios de su tiempo.

A mediados del siglo XIX se conservaba íntegra todavía esta correspondencia. Durán fué el primero en examinarla y en copiar parte de las cartas, que comunicó a Hartzbusch y a La Barrera. Hoy sólo se conocen cinco volúmenes; dos originales, el del Museo Británico y el de la Biblioteca de Pidal, y tres

que fueron copiados escrupulosamente por don Isidoro Rosell para la Biblioteca Nacional. Los otros se tienen por perdidos, pues el archivo de la casa de Altamira se vendió como papel al peso al arruinarse los descendientes del Mecenas de Lope.

Hay que felicitar de que el frecuente olvido de los eruditos en devolver los libros y manuscritos prestados para su estudio, haya salvado del naufragio a alguno de los volúmenes del epistolario que hoy pueden consultarse.

* * *

Incalculable es la suma de papeles de valor que han desaparecido por causas semejantes. Ya el Petrarca contaba con indignación que al visitar la Biblioteca del Monasterio de Monte Cassino, había visto los manuscritos de la antigüedad, con las hojas cortadas por los monjes, que hacían con el pergamino Evangelios para venderlos a las mujeres y a los chicos por un sueldo. En nuestro tiempo, en que ya los archivos públicos están organizados en los países cultos y se aprecia el valor del documento, todavía hay bastante ignorancia y descuido para que se diseminen y destruyan muchos papeles curiosos de archivos particulares. Los poseedores de documentos de valor histórico deberían legarlos a las Corporaciones sabias o a los archivos públicos, comprendiendo que hay sobre ellos una hipoteca moral en favor de la cultura y que la propiedad individual de estos bienes no puede ser absoluta. Así como se han tomado medidas al estilo de la ley Pacea, de Italia, para evitar la exportación de las grandes obras artísticas, llegará día en que los textos únicos o raros de las bibliotecas privadas y las colecciones de documentos preciosos se consideren expropiables o sujetos a medidas de conservación por interés público, mas tratándose de manuscritos se luchará siempre con la dificultad de la fiscalización, que no puede ser eficaz, sin hacerse intolerable, salvo casos de notoriedad especial. No es posible que el Estado, a la muerte de los particulares, haga una inspección de sus papeles, aunque sí lo es que tratándose de un archivo famoso o de una documentación conocida tome precauciones para su conservación y aprovechamiento público.

* * *

Lo que se conserva del «Epistolario», de Lope, forma, sin embargo, una espléndida documentación autobiográfica. Las seis cartas hábilmente elegidas por Icaza que publica la «Revista de Occidente» son buena muestra de ello. Concurren estos documentos a precisar la silueta moral de Lope, que no era incógnita ni misteriosa. El Fénix de los Ingenios es una de las figuras más claras de nuestro Parnaso. Sabemos de él con certidumbre mucho más que de Cervantes, en cuya vida hay lagunas y zonas de sombras y cuyo carácter mismo tan diferente del Príncipe de nuestros dramáticos, aunque se dibuje en sus obras, con perfiles más simpáticos que el de Lope, no deja de ofrecer incógnitas.

La personalidad exuberante de Lope, romántico anticipado, no era propia para el secreto ni el misterio, y dejó tras sí un rastro de confidencias y revelaciones. Su fama, superior a la de todos los ingenios contemporáneos, le colocaba, por otra parte, en el primer término de la escena. Hombre de pasiones,

de amores y odios, como él mismo dice, y por eso es tan expresivo y justo el título del libro que anuncia Icaza, los vertió en sus cartas y en sus obras, singularmente en «La Dorotea», trasparente historia de sus amores con Elena Ossorio, confirmada y aclarada por el «Proceso contra Lope de Vega por libelos contra unos cómicos», descubierto por Pérez Pastor, y que es uno de los documentos autobiográficos y psicológicos sobresalientes en la documentación de la vida de Lope.

Carnal, apasionado, lo menos eclesiástico que se podía ser, aunque fuese piadoso, verdadero «homme a femmes» que continuó sus conquistas hasta edad avanzada y después de ordenado, tenía los defectos propios de los caracteres exaltados y dionisiacos. Era vengativo, soberbio, impaciente, injusto. También sabía humillarse, como lo muestran sus adulaciones a Sessa, si bien era ésta la habitual relación de la época entre los hombres de letras y sus Mecenas de la nobleza. Desdeñoso y mordaz con Cervantes, se achica en cambio delante de Góngora, que le llamaba Lopillo y se burlaba de sus pretensiones de nobleza, con el orgullo del hombre de linaje. Góngora le intimidaba no sólo como persona de clase superior, sino porque enfrente de la fama popular de Lope, se elevaba el prestigio literario del poeta cordobés, como el de un autor refinado, ídolo de los cultos. Pero por ser tan humano, tan pletórico de vida, con su luz y sus sombras, es Lope un magnífico ejemplar romántico, una figura que atrae al psicólogo tanto como al erudito, los cuales hallarán en el epistolario pasto para su desigual interés, siguiendo el uno la comprobación y esclarecimiento de particulares de la historia literaria, y el otro la novela viviente del gran enamorado.

(El Sol, Madrid)

E. GÓMEZ DE BAQUERO

¿FUE EL MARXISMO LO QUE FRACASO EN RUSIA?

Nosotros vamos a ocuparnos de otro aspecto: de las doctrinas sociales de Lenin y del resultado de su ensayo en Rusia. En este respecto, la obra de Lenin ha sido extraordinaria, y acaso decisiva para el porvenir del socialismo revolucionario.

Sabido es que Lenin pretendió haber sido un fiel intérprete de las doctrinas de Carlos Marx y haberse limitado a implantarlas literalmente cuando triunfó en Rusia el bolchevismo. Aunque también es sabido que la primera autoridad del marxismo alemán, Carlos Kautsky, combatió la interpretación de Lenin y rechazó como herética la teoría bolchevista. ¿Es responsable el ideario marxista de las experiencias sociales llevadas a cabo por Lenin y sus secuaces en Rusia?

Lenin se calificaba a sí mismo de comunista, y esta es también la denominación de su partido siguiendo la tradición del famoso «Manifiesto» que redactaron Marx y Engels en 1848. No se llamaba Lenin socialista por entender que el socialismo no representa más que una fase preparatoria del comunismo—coincidente con la dictadura del proletariado—en la que la socialización se limita a los instrumentos de producción y persisten muchas reglas jurídicas que no tendrían razón de ser en el comunismo.

La sociedad comunista con que Lenin soñaba era una copia del paraíso anarquista de Bakunin y Kropotkin. En todo coincidía con ellos. Como ellos,

esperaba que la expropiación de los capitalistas acrecentaría enormemente la producción social; que los hombres se habituarían de tal manera a respetar los principios fundamentales de la vida en común, y su trabajo sería tan productivo, que trabajarían libremente sin necesidad de presión alguna, tomando cada cual lo que le hiciese falta para satisfacer sus necesidades; que los delitos desaparecerían espontáneamente al desaparecer la miseria, y que el Estado desaparecería, asimismo, porque llegarían todos a convencerse de su inutilidad.

Lenin no era anarquista, sin embargo; creía que era una fantasía suponer que para entrar en el comunismo bastaba con suprimir el Estado. De ningún modo. El Estado comunista presupone una productividad del trabajo y un tipo humano muy diferentes a los actuales. Los hombres, tal como actualmente son, no pueden dejar de estar sometidos, controlados, vigilados. Entre la sociedad comunista y la sociedad presente hay una etapa inevitable: la dictadura del proletariado, en la cual el proletariado, armado y organizado en clase dominadora, expropia a los capitalistas, desarraiga las instituciones burguesas, acostumbra a trabajar a todos los ciudadanos e impone hábitos de igualdad y laboriosidad, hasta llegar a hacer inútil la existencia de todo instrumento de opresión, de todo Estado. Sólo entonces podría pasarse al comunismo.

Lenin apoyaba en varios textos la legitimidad marxista de sus doctrinas. El primero era el «Manifiesto comunista» de 1848, en el cual escribió Marx: «El primer acto de la revolución obrera será constituir al proletariado en clase dominante, conquistar el régimen democrático». «El Poder político, a decir verdad, es el poder de una clase, organizado para realizar la opresión de otra. El proletariado, que en su lucha contra la burguesía habrá de constituirse necesariamente en una sola clase, que por una revolución se erigirá en clase directora y como tal suprimirá violentamente las condiciones antiguas de la producción, suprimirá, al propio tiempo, las condiciones que determinan el antagonismo de clase, la existencia de las clases mismas, y quitará de este modo a su propia supremacía el carácter de una supremacía de clase. A la antigua sociedad burguesa, con sus clases y sus antagonismos de clase, sucederá una asociación en la que el libre desenvolvimiento de cada uno será la condición del libre desenvolvimiento de todos».

Podría ser recusado el «Manifiesto comunista» por darse el caso de que lo redactaran Marx y Engels por encargo de una asociación política y en la firme creencia de que la revolución social sería inmediata y se produciría en determinadas circunstancias, pudiendo estar, por tanto, en él desnaturalizadas las ideas de Marx, por razones prácticas y de oportunidad. Pero Lenin se apoyaba también en una presunta circular de Marx sobre el programa socialista de Gotha, fechada en 1875, en la que Marx insistía inequívocamente en su antiguo punto de vista, con las siguientes palabras: «Entre la sociedad capitalista y la comunista existe un período transitorio, al que corresponde también un período de transición política, durante el cual el Estado no puede ser otro que la dictadura del proletariado». Para Lenin, por consiguiente, no había duda de que se atenía estricta-

mente a las enseñanzas de Marx, al proclamar la dictadura del proletariado.

Y menos duda cabía aún en cuanto a la legislación concreta de los Soviets, puesto que éstos no hicieron sino aplicar a Rusia las bases claras y terminantes del programa comunista inserto en el «Manifiesto».

Kautsky protestó, no obstante, de la modalidad dictatorial y violenta del bolchevismo ruso, y negó que aquello fuera el marxismo. El marxismo aspiraba a implantar un régimen democrático que estuviera basado en la voluntad de la mayoría del pueblo, y no la despótica tiranía de una pequeña fracción que se había adueñado del Poder político. Rusia no era un país preparado para el socialismo, y aquella terrible violencia que necesitaban hacer los bolcheviques para abrirse paso, no podía conducir sino al caos. Lo que fracasaba en Rusia no eran las doctrinas marxistas, sino una interpretación semiasiática del socialismo.

Antonelli, recientemente, en una revista francesa, ha sostenido que es absurdo intentar explicarse el bolchevismo por las doctrinas marxistas. La esencia del bolchevismo es la aspiración popular rusa hacia el reinado del espíritu en la sociedad humana. El mundo actual se purificará por la acción directa del espíritu sencillo y espontáneo del pueblo. La desaparición de la nobleza, de los propietarios, de los ricos, es una cosa necesaria. «Lo que nosotros llamamos «el terror» no es para el campesino ruso sino un fenómeno natural, como la desaparición de los brotes perjudiciales en el crecimiento de la planta. Lo que nosotros llamamos «miseria», «ruina económica», no le conmueve, no le interesa; él vive en otro mundo. Rusia no sufre su miseria como nosotros, de una manera intelectual, no se da cuenta de ella como nosotros».

¿Se equivocó, por tanto, Lenin, al interpretar en Marx la dictadura del proletariado, y se dejó llevar por su misticismo eslavo, al hacer la revolución, más que por la finalidad marxista de perfeccionar el mecanismo de la producción? Al estudiar a Marx, Lenin quedó más impresionado, sin duda, por el político que por el filósofo y el economista. En los escritos políticos de Marx, evidentemente se hablaba de una transitoria dictadura del proletariado hasta consolidar las conquistas de la revolución; pero, ¿cuál sería el momento propicio para esa dictadura? Dadas las tendencias que Marx pretendió descubrir en la actual sociedad—la concentración del capital y el empobrecimiento de la inmensa mayoría de la población—y su creencia en que la revolución sería un fenómeno mecánico, natural, una consecuencia inevitable de la madurez del sistema, no es extraño que un discípulo suyo de la fidelidad de Kautsky, se represente la revolución como la relativamente pacífica expropiación de una pequeña minoría capitalista, y la dictadura, como un régimen ordenado y de opresión mínima; no acertando, por consiguiente, a comprender un régimen marxista sostenido mediante una tiranía.

Pero, aunque así fuera, aunque Lenin hubiera intentado poner en práctica las doctrinas marxistas en un país sin las condiciones económicas, sin la estructura social y sin los ideales de los países preparados por el capitalismo para una revolución socialista, ¿no fracasó en Rusia nada fundamental del ideario marxista? Eso habría que meditarlo con más calma.

(El Sol, Madrid)

Luis Olariaga